

—¿Matarte? ¡René!.... Escucha.... Todo esto es un sueño, ¿verdad? Tú vas á volverte; no me seguirás; tendrás miedo....

—¡Cobarde!—dijo René.

Roberto contempló en su mano, moviendo la cabeza, la hoja del cuchillo que el sol hacía brillar.

Ella dió un paso hacia adelante.

—¿Es allí donde vive? Allá voy yo.

—¿Vas á presentarte allí?—dijo Roberto, cogiéndola por los puños y apretándola hasta hacer crujir sus huesos.

—¡Aprieta, no temas!—dijo ella.

—¿Vas á ir allí?—repitió Roberto.

—Iré donde tú vayas; ella lo sabrá todo; ellos lo sabrán todo. ¿Crees casarte con ella? ¡Jamás!

—¡Pues bien! ¡Da un paso adelante!—dijo Roberto soltándola.

Se cruzó de brazos, pálido como un cadáver, rechinando los dientes y dispuesto á todo.

—¡Da! ¡Un paso adelante!—repitió.

René le desafió con su mirada. Irguió la cabeza, se encogió de hombros, y echó á andar resueltamente hacia la Panouze. No había andado diez pasos, cuando Roberto, lívido y fuera de sí, se arrojó sobre ella. Con la mano izquierda la cogió por el pelo, echando para atrás su rubia cabellera. Trató de gritar; pero

Roberto se ensañó en ella como una fiera; levantó el brazo derecho en que sostenía el cuchillo, é hirió dos ó tres veces, sin darse cuenta de ello ni saber lo que hacía. La sangre salpicó su rostro. El cuerpo que él sostenía se desplomaba; Roberto no veía nada, nada más que dos ojos amenazadores, que se nublaban, perdiendo su brillo. La sostuvo un momento en pie, ya muerta, estrechándola contra sí; de pronto sus brazos se aflojaron, y la dejó caer, oyéndose un ruido sordo pero aterrador; y como si aquel cuerpo que él sostenía le hubiera sostenido á él también, cayó á su lado, mirándola con la vista fija, y respirando el olor de la sangre, con las manos manchadas de ella y los músculos contraídos por un ataque de locura desesperada.

XIV.

El primer movimiento, la primera idea de Roberto al volver en sí de su estupor y ver la pálida fisonomía de René, fué huir. Se levantó precipitadamente, echó la última mirada sobre René, y se alejó corriendo, sin saber adónde se dirigía. El extraño silencio del bosque en los abrasadores días del estío, hacía

más solitaria y extraña aquella escena. Roberto seguía corriendo, y su cabeza ardía como si dentro tuviera un horno; no tenía más que una idea fija: alejarse de aquel cadáver que dejaba tras sí. Se metía por entre los matorrales, tronchando los arbolillos y viéndose acribillado por los espinos. Por fin, y después de un rato, se paró; echó una mirada á su alrededor para orientarse y como para darse cuenta de lo que había de hacer y adónde se dirigía. Estaba solo. Sus piernas se aflojaron, y cayó segunda vez sobre un montón de piedras abrasadas por el sol. Su mirada vagaba incierta, y no sabía qué hacer en medio de tanto infortunio. Una gran debilidad se había apoderado de él: aquel aire abrasador que respiraba parecía quemar su pecho, que se hinchaba por profundos suspiros. Movía la cabeza de un lado á otro, sin momento de reposo. Sintió que la sangre se le subía á ella y que hacía latir sus sienas como si fueran á estallar. Estaba próximo á un desvanecimiento.

Al fin, la fatiga le rindió, quedando como aletargado. Un pesado y profundo sueño se apoderó de él: sueño de enfermo. Todo era sombrío á su alrededor.

La frescura de la noche le despertó, y, mirando á su alrededor, se puso á escuchar. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles,

y el viento movía dulcemente la avena, que empezaba á dorarse en los campos. Roberto se levantó vivamente, y echó á andar. Caminaba envuelto en las tinieblas, al azar, con los ojos desmesuradamente abiertos, cada vez más aterrado, y estremeciéndose á cualquier ruido, por leve que fuera. No se sentía en todo aquel espacio más ruido que el que producía el viento al agitar las ramas de los árboles. Éstos, que eran numerosos en aquella vasta explanada, tomaban extravagantes formas en la sombra de la noche, haciendo temblar á Roberto por primera vez en su vida aquel lugar.... Aceleró el paso, y anduvo sin reposo, envuelto en la sombra, que le aterrorizaba. El camino se hacía cada vez más obscuro. Se perdió, y fué á parar en medio del bosque. Se paró para escuchar, creyéndose perseguido: parecía como clavado, como si estuviera petrificado en tierra.

Maquinalmente buscó el camino. ¡Montravel! ¿Dónde están Montravel y la Panouze? ¿El pueblo y la casa de campo? Lo buscó á tientas en medio de aquella obscuridad. Apareció la luna, rompiendo las oscuras nubes por algunos momentos: aquella claridad le guió. Ahora estaba seguro de llegar. Recapacitó un poco para orientarse, y siguió andando.

—¿Si la volveré á encontrar?... (pensaba.)

¡Sí, aplastaré con mis pies su cabeza en esta obscuridad!

Este pensamiento helaba su sangre; tenía miedo, verdaderamente miedo.

Se acordaba de que cuando era pequeño, en aquel bosque y en aquel mismo camino, cuando iba solo y se asustaba con la sombra de los castaños, apretaba el paso,—sin volver la cabeza atrás,—por temor á que hubiese alguien escondido, y corría, apresurándose á cantar para distraer el miedo. La canción le daba valor; al menos hacía ruido con ella. Y ahora —¡rara coincidencia!—le entraban deseos de cantar también.

Después creía oír pasos detrás de él, sí, pasos, y se paraba. Sentía frío en todos sus miembros, tiritaba y corría. Las hojas que, desprendiéndose de los árboles, azotaban su rostro, las ramas de los castaños que le golpeaban en su carrera, le parecían ser la mano de René.

Hacía todos los esfuerzos imaginables para adelantar en el camino. Al cabo de pocos momentos se encontró en uno muy ancho. Dió un grito: aquel camino, aquellos álamos, aquel arroyo que él adivinaba en la obscuridad, aquel viñedo que cubría la pendiente, todo aquello lo reconocía. Estaba delante de Montravel. ¡Montravel! Tenía que atravesar

todo el pueblo con sus vestidos llenos de sangre para llegar á la Panouze. ¡Si le viesen!.... ¡Si alguno!.... Pero no, estaba muy oscuro. Y después de todo, ¿no lo habían de saber al día siguiente? ¿Pensaba él acaso negarlo?

Sentía como una secreta voz que le gritaba: «¡Adelante, asesino!» Atravesó rápidamente el pueblo, sin encontrar á nadie en su camino. Al pasar por un café oyó voces y ruido de vasos que chocaban. Á través de las persianas se veían las luces que reflejaban en la calle. Las alegres voces que salían de aquella casa agobiaban á Roberto. Al final del pueblo, un perro negro le siguió algunos pasos ladrándole. En la cima de la pendiente se destacaba ya, bajo aquel cielo obscuro, la negra silueta de la Panouze. ¡Allí estaban el tío Germán y Enriqueta! ¡Ella le esperaba! ¡Enriqueta! Iba á verla. Pero le faltaban fuerzas á medida que se acercaba; se paraba de cuando en cuando, dudando si continuaría hasta allí, y temblaba. ¡Les debía su dicha, y les llevaba como recompensa el crimen!.... «¡No importa, es preciso verles!»—se decía.

Adelantó por un sendero que conducía al pie del arroyo á que tantas veces había bajado en su niñez, corriendo con su prima, á coger cangrejos.

Aún existía en el patio el viejo olmo á cuya sombra jugaban también, y, como en otros tiempos, sus ramas estaban entrelazadas por enredaderas, formando bonitas guirnaldas, que iban á terminar en la galería, adornándola. Roberto llamó bruscamente á la puerta, y esperó, sintiendo que su corazón se despedazaba.

Abrieron ésta, que estaba cerrada con una barra de hierro, y al ver que era Roberto, la vieja aldeana que la abrió, acercando á su rostro la vela de sebo que traía en la mano, exclamó asombrada:

—¡Dios mío! ¿No sois el señorito?

Roberto, pálido y con el paso pesado como una estatua que anduviera, apartó á la aldeana, que dudaba si era él, y preguntó, señalando hacia la sala:

—Enriqueta está allí, ¿verdad?

La criada respondió con un signo afirmativo. Roberto entró. Pero, falto de fuerzas, se quedó parado, apoyándose en el quicio de la puerta. Había visto á Enriqueta sentada al lado de la mesa, adornando con papelitos rizados cajas de dulces. Ésta levantó la cabeza, y Roberto, con todas las trazas de un verdadero loco, con la boca abierta, los ojos desencajados, la miró, comprendiendo que su primera frase sería una terrible confesión. Ésta miró

hacia la puerta, y levantándose, se echó un poco hacia atrás. Después, reconociendo á Roberto, se dirigió á él, tendiéndole ambas manos. Todo el ser de éste se estremeció; hubiera querido lanzarse hacia ella para estrecharla cariñosamente entre sus brazos; pero reprimió estos impulsos, comprendiendo que la alegría había huido de su alma, dejando tan sólo paso á la tristeza y al desconsuelo. Permaneció inmóvil, frío, y como clavado en el mismo sitio. Esta actitud y este silencio infundieron miedo á Enriqueta. Un terrible presentimiento cruzó por su mente; sentía un pesar desconocido. Muda y silenciosa delante de Roberto, y sin atreverse á hablar, parecía más bien una estatua de piedra que un ser animado. Ella sabía, adivinaba también que la primera frase que pronunciara Roberto había de ser una declaración terrible. Se sentía impulsada á prohibirle que hablara. Temblaba.

Sin embargo, Roberto adelantó algunos pasos, y habló: su voz, aunque lenta y tardía, tenía algo de terrible, y la hacían aparecer aún más sus extraños ademanes. Como atacado por una convulsión, se arrojó á los pies de Enriqueta.

—¡Perdonadme!.... (la dijo.) ¡Perdonadme!....

—¿Qué pasa?....—preguntó ella, tan bajo,

que otro que no hubiera sido Roberto no lo hubiera oído. Había perdido la voz.

Aquel alma, que momentos antes parecía prestar vida á la muerte, desfalleció ante lo desconocido del peligro que presentía.

—¿Está ahí él?—preguntó Roberto.

—¿El tío Germán?

—Sí. ¿Dónde está? Debo contárselo.

—¿Pero qué pasa, Dios mío?—preguntó Enriqueta, exhalando un grito de terror.

—¡Que soy un miserable! ¡Me he perdido, y os he perdido! ¡Mirad!—dijo, mostrando sus manos llenas de sangre.

—¿Pero qué?—dijo Enriqueta, que no comprendía.

—¡Es sangre!

—¿Sangre?...

—¿No lo veis?

—¡Sangre!... —dijo Enriqueta.

No podía adivinar lo que ocurría, pero temblaba.

—¡Sangre!—repetió de nuevo.

—¡Sí! (exclamó Roberto, exhalando un terrible suspiro.) ¡Enriqueta, soy un desgraciado; esta sangre la he vertido yo! ¡He matado!

La joven retrocedió aterrada, como si hubiera caído un rayo á sus pies.

—¡Matar vos! ¿Qué decís? ¡Esa sangre!... ¡No comprendo!

—¡He matado! (repitió Roberto.) ¡Matado! ¿Lo entendéis ahora?... Había una mujer entre vos y yo. ¡Soy un asesino!... ¡Vos, sólo vos podéis perdonarme!

—¿Yo?—dijo Enriqueta, dejándose caer sin fuerzas, pálida como una muerta, con el corazón oprimido y con un terrible temblor que agitaba todo su cuerpo.

No se atrevía á mirar á Roberto; un amargo llanto parecía que iba á ahogarla.

—Enriqueta (le dijo con voz estrangulada), escuchadme; soy perdido. Todo ha acabado para mí. Pero he querido veros antes de morir. Porque quiero morir; es preciso que muera. Nunca son perdonados estos crímenes, conservando la vida. Vos sola podéis absolverme y perdonarme. Lo haréis, ¿no es verdad?

—¡Desgraciado! (exclamó interrumpiéndose y hablando consigo mismo, sobrecogido por un sufrimiento.) ¡No, no unáis vuestro inmaculado nombre al de un asesino, no! ¡Yo he sido, yo he cometido el crimen! ¡Estaba loco!... ¿No es verdad que había ya sangre sobre mi nombre? ¡Oh! ¡Esa mujer quería disputarme vuestro puesto!... La cólera...; me puse fuera de mí...; me amenazaba...; y no era eso todo...; herí, sí, herí...; no sé cómo...; pero tenía un cuchillo en la mano... ¿Quién había puesto aquel cuchillo en mis manos?

¡Desgraciado, desgraciado! ¡Oh! Me perdonaréis, ¿no es verdad?... ¡Os he amado, y os he amado tanto!...

Estaba de rodillas, lleno de terror, y sentía un intenso dolor en su corazón, que parecía desgarrárselo.

Enriqueta, sin darse cuenta de lo que oía, no hacía más que repetir:

—¿Es posible? ¿Es posible?

Roberto lloraba como un niño.

—¿Pero es verdad?—dijo por fin Enriqueta.

Roberto permaneció silencioso.

—¡Matar! ¿Por qué? ¿Amabais á esa mujer?

—¡No, yo no amaba más que á vos!

—¡Oh! ¿Pero sabéis que eso es terrible?

¡Cuánto sufro, Dios mío!

—Sí, terrible; pero ha sucedido,—contestó Roberto.

—Pues bien (dijo Enriqueta con estoica calma): veamos, ¿qué vais á hacer ahora?

—¿Yo?

—¡Es preciso huir!

—¡Huir!—murmuró Roberto.

—¡Es preciso ocultaros! ¡Yo os ocultaré!

—¡Ocultarme! ¿En dónde? ¿Cómo? No

quiero huir (continuó): quiero morir.

La pobre joven se arrojó á él loca de dolor.

—¿Morir vos?

—¿Me perdonaréis, Enriqueta?—la dijo, estrechándola entre sus brazos, loco por la emoción.

Ella se desprendió bruscamente de ellos, mirándole con sus grandes y hermosos ojos extraviados, y como loca también.

—¡Os amo (le dijo); os amo, á pesar de todo!

—¡Ah, miserable de mí!—exclamó Roberto, golpeándose la frente.

—¿Huiréis?

—¡Moriré, me mataré yo mismo!

—¡Suicida!

—Pues bien: no, no me suicidaré.... Suicidarse es pertenecerse (como mi padre se pertenecía); pero yo no me pertenezco. Expiaré mi crimen (continuó con frialdad): la expiación (repitió; y esta palabra tomaba en su cerebro un sentido nuevo, desconocido hasta entonces para él) será terrible. (Meneó la cabeza, miró á Enriqueta, y con la sonrisa de un loco, murmuró): ¡El patíbulo!

—¿Qué decís?—le preguntó aterrada.

—¡Nada!

Sintieron abrir la puerta, y sus miradas se cruzaron, llenas de terror. Oyeron una voz. Era la del tío Germán.

—¡Dios mío!—dijo Enriqueta.

Roberto bajó la cabeza, abrumado por el peso de su desdicha.

El tío Germán entró, y al ver á Roberto lanzó un grito de alegría, y abriendo los brazos, esperó á que éste se arrojara en ellos. Éste no se movió, lo cual causó gran extrañeza á su tío, que dejó caer los brazos y miró á todos lados, sin comprender; después, al ver las manchas de sangre en Roberto, cogió sus manos, y examinándolas detenidamente, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Estás herido?

Examinó el brazo de Roberto, lo movió, y oprimiéndolo por todas partes, lo interrogó con inquietud y suplicante mirada.... Éste no pronunció una sola palabra. El anciano se volvió hacia su sobrina, que estaba lívida y vertiendo lágrimas. El tío Germán se echó á llorar, y no habló más, adivinando algo de siniestro y terrible en aquel silencio. Su mirada vagaba de uno en otro, como suplicando que le dijeran la verdad.... Enriqueta no fijaba su atención en él. El tío Germán se dejó caer sobre una silla; no le sostenían sus piernas. Su mirada seguía fija en Roberto, que continuaba inmóvil. En uno de aquellos momentos se encontró frente á frente con la mirada del asesino. La alteración de éste y su descompuesta actitud, hablaban por él. Aquellas contraídas facciones confesaban el delito. Germán se dirigió erguido hacia Roberto, con aspecto casi

amenazador, y con mirada provocativa le interrogó. Era preciso responder.

—He matado á mi querida,—dijo Roberto.

Pronunció aquellas palabras, aunque claras, con ronca voz.

El tío Germán cayó en tierra como herido por un rayo. Roberto, aunque tenía la vista fija en él, no le levantó; no sentía nada. Enriqueta, á quien no abandonaba su energía, acudió á prestar sus cuidados al anciano. Era la hermana de la caridad, cumpliendo su misión con los desgraciados. Germán Burat volvió en sí. Buscaba algo con su mirada, y se encontró con la de Roberto, que le miraba con espantados ojos, que apartó bruscamente de él; cerró sus manos, y dos gruesas lágrimas corrieron lentamente por sus mejillas. Dió un suspiro desgarrador, como si su pecho se hubiera hecho pedazos; se levantó, haciendo un esfuerzo para conseguirlo, apoyándose en Enriqueta. Quería andar, pero se tambaleaba. Tuvo necesidad de esperar á reponerse un poco antes de dar un paso. Su fisonomía, aquella fisonomía risueña de ordinario, había cambiado de tal manera, que se desconocía. Se hubiera dicho que aquel hombre estaba á punto de espirar.

Se volvió hacia Roberto, que continuaba de pie en la misma postura, inmóvil, pareciendo la estatua viviente de la resolución. La mirada

del tío Germán retrocedió al fijarse en la petrificada figura de su sobrino.

—Veamos (preguntó pausadamente): ¿qué me habéis dicho? Creo que he entendido mal.

—Que he matado á una mujer,—respondió Roberto sin titubear.

—¡Matar!...—dijo el tío, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Enriqueta, que no le perdía de vista, le inspeccionaba, suplicándole con la mirada.

—Y bien (dijo bruscamente, irguiéndose): ¿qué hacéis aquí entonces? ¡En mi casa no hay alojamiento para los asesinos!

Roberto no se movió.

—¿Crees encontrar aquí un refugio?

—Cuando salga de aquí, iré en seguida á entregar mi cuello al verdugo....

El tío Germán se estremeció. Un fuerte temblor se apoderó de todo su ser. Miró á Roberto frente á frente, con rabia, y como agitado por un acceso de locura. Éste estaba extremadamente pálido.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es lo que has dicho?... ¡Has hablado del verdugo!

—¡Sí, del verdugo!

—¡El verdugo!

—Sí, le pertenezco, y es la única solución que tengo. Vos mismo me perdonaréis cuando me hayáis visto muerto.

—¡Dios mío! (dijo el anciano, volviendo á caer en su silla, y apoyando sus manos en la mesa.) Es preciso perder la vida, ó impedir eso.

No oía los suspiros de Enriqueta, arrodillada á su lado. Miraba el hule colorado que cubría la mesa, y al reflejo de la luz le parecía ver un lago de sangre.

—¿Por qué la has matado?—preguntó de pronto y con insegura voz.

—¿Por qué se vuelve uno loco?—preguntó á su vez Roberto.

—Es verdad (dijo Germán). ¿Y dónde está?

—¿Dónde?... En el bosque.

—¿Muerta?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Entonces, ¿qué haces aquí? Es preciso salvarte.

—¡Ah! (exclamó Enriqueta, dando un terrible grito.) Ya lo veis, Roberto: huid.

—No,—contestó éste.

—Arrójate entonces al agua,—dijo el tío Germán.

—¡Otra huída! No,—repitió.

El tío Germán le miró con ironía.

—¿Acaso te asusta el suicidio?

—No tengo miedo á nada: quiero morir.

—¡Morir! (repitió el anciano, moviendo la cabeza.) ¿Y por qué lloras tú? (dijo, dirigién-

dose á Enriqueta.) ¡Es verdad que esto es horrible; lo sé bien! Hay sueños que resultan realidades. ¡Morir! ¿Pero por qué has de morir tú? Ocúltate, sálvate.... ¡Desgraciado! ¡Matar á una mujer! ¿Me has dicho que fué en el bosque? Quizá viva aún.... ¡Si lo supiera!.... Se la curaría, por ver si se salvaba. ¿Hacia qué sitio está?

—No lo sé, — contestó Roberto.

—El uno después del otro (dijo Germán Burat). ¡Hay familias marcadas por el crimen! ¿No pensaste al hacerlo en la pobre Enriqueta, desgraciado?

—No (respondió con desesperación). Me olvidé de todo.... ¡Ah! Sí, loco; yo estaba loco, loco por sangre, loco por herir. Estaba embriagado; ella me seguía, me irritaba; quería interponerse entre Enriqueta y yo; me amenazaba.... ¡Oh! Aquel grito.... ¡Perdí el sentido, y herí!

Miró á Enriqueta con ojos extraviados. Hablaba sordamente, sin cólera, sin fuerzas, pues las tenía ya agotadas.

—¡Es tu pasado quien te mata! (dijo el anciano á Roberto.) ¡Una embriaguez de amor, que concluyó por una embriaguez de sangre!

—¡Sí, lo sé! ¡Oh! El día en que esa mujer se atravesó en mi camino, mi sentencia quedó pronunciada. Cuando os vi, Enriqueta, con-

cebí alguna esperanza, diciéndome: «he aquí mi salvación. Ahora te desafío, sirena». Pero no; la sirena no soltó su presa. ¡Quería mi vida, y se apoderó de ella!.... ¡Dejadme, dejadme marchar!

—¿Adónde vas?

—Á Montravel.

—¿Quieres salvarte?

—¡Sí, quiero!

—Entonces, vete,—dijo el tío.

Roberto miró á Enriqueta con una mirada suprema, como interrogándole si le concedería el perdón que le había pedido.

Ésta se levantó, y fué hacia él lentamente, tendiéndole la mano. Roberto comparó aquella blanca é inocente mano con la suya, enrojecida por la sangre: cayó de rodillas y la besó, comprendiendo que aquella mano que le tendían era la señal del perdón de Enriqueta.

—Ante Dios, soy vuestra esposa, Roberto,—le dijo con voz firme y serena.

Estaba pálida, y temblaba.

Éste se levantó inundado de lágrimas, y miró al anciano. El tío Germán estaba de pie.

—Roberto (dijo): ante el tribunal, ó donde quiera que te encuentres, estaré á tu lado. No tengo el derecho de juzgarte. Seré tu apoyo (¡desgraciado de mí!), cuando yo esperaba que tú hubieras sido el mío en mi vejez. ¡Vete!

Roberto no oyó lo que le decía ; se lanzó fuera de la sala como un loco, y desapareció.

El tío Germán cayó como desplomado en su sillón. Enriqueta estaba á sus pies casi desfallecida, y los dos escuchaban los agitados pasos de Roberto, que hacían retemblar el piso....

XV.

Roberto atravesó como un relámpago por el camino que conducía á la gendarmería: llamó, preguntó por el sargento, le contó en breves palabras que iba á entregarse, y que encontraría en el bosque de la Panouze una mujer á quien él había asesinado. El sargento escuchó al joven como quien escucha á un loco ; pero Roberto, enseñando sus manos manchadas de sangre, daba crédito á sus palabras, y entonces éste comprendió que había algo de verdad en aquello, y mandó meter á Roberto en un calabozo.

El sargento parecía consternado. Era amigo de Germán Burat, y había oído muchísimas veces elogiar á Roberto. Conocía el proyecto de casamiento, y estaba convidado á la boda. Le parecía que aquella narración no tenía razón de ser.

—Pero, ¡entendámonos! (preguntó á Roberto.) ¿De qué mujer se trata?

—¡De una parisién!....

—Comprendo. ¿Os asediaba?... ¡Oh! ¡Las mujeres!.... ¡Satanás debió de ser mujer!

Se informó luego del sitio en que podrían encontrar el cadáver, mandó á él gente con antorchas encendidas, y dió parte al juez. La mujer del sargento lo contó en seguida todo por el pueblo, y no se hablaba en él de otra cosa. Roberto, encerrado en una sala baja y pequeña, veía todo lo que pasaba en la casa. Llegó hasta él una voz de mujer que decía :

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pero con tal de que la procesión de mañana no se interrumpa!....

—¿Una procesión? ¿Qué procesión será esa?—se preguntaba maquinalmente Roberto.

No le habían puesto luz, y sentado en la obscuridad, escuchaba las vagas murmuraciones de los curiosos amontonados á la puerta de la prisión. En medio de la confusión y del ruido producido por la multitud, no podía oír nada claramente,

De repente, la puerta se abrió, y la luz que le presentaron le hizo cerrar los ojos por el momento.

Después vió un hombre de pequeña estatura, seguido de un anciano alto y seco, que era